**Domingo XXXII del TO   
Ciclo C**

6 de noviembre de 2022  
2Mac 7, 1-2.9-14  
Sal 16  
2Tes 2, 16-3,5  
Lc 20,27-38  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Al leer las lecturas de hoy para meditarlas la palabra que me venía a la mente era *vida, vida y más vida*. A pesar del relato espantoso de la primera lectura en la que se nos describe cómo Antíoco IV Epífanes, uno de los reyes sucesores de Alejandro Magno a su paso por la Palestina, perseguía a los que se resistían a sus reformas religiosas…La palabra que me viene a la mente con repetida insistencia es *vida, vida, vida…*

Si se fijan, en ese relato espantoso de la primera lectura, la repetida insistencia de cada uno de los hermanos ante el pavoroso cuadro provocado por el rey cruel, es su agarre, su amarre a la vida y no quieren soltarlo, y no lo hacen, por más espanto que sobre sus cuerpos se realice. Desde una perspectiva pragmática actual seguramente los tacharíamos de fanáticos, estúpidos e intransigentes. «Pero bueno, ¿qué más da? ⎯diríamos⎯; comer carne ¿qué te lo impide? Tú sabes en tu interior que sigues amando a Dios y un pedazo de carne de puerco no te va a quitar nada. Pasa el trago y luego sigue amando a Dios. Habrás engañado al rey ¿no te das cuenta?»

Pero aquí hay, a mi entender, otra cosa en juego. No se trata de un asunto superficial. Ahí lo que estaba en juego era el compromiso de los muchachos con la vida. Lo de la carne de cerdo es absolutamente secundario. Ellos habían comprendido que el Dios de Israel es el Dios de la Vida y no había nada ni nadie que les iban a quitar ese convencimiento. El martirio de ellos ante Antíoco nos está gritando sobre nuestras vidas, atrapadas en este mundo rápido, superficial y vertiginoso…; nos están diciendo que lo único que cuenta es la vida que el amor de Dios derrama en nuestros corazones cuando se abren a ella. Y que esa vida no se acaba nunca.

Si nos pusiéramos a reflexionar sobre el día de hoy, sobre este domingo…: ¿cómo será? Nos hemos levantado, tal vez hemos orado, nos hemos acicalado para venir a misa y ahora... ¿qué? ¿Cómo manifestaré (sin palabras, que aquí no cuentan los discursos, ni sirven para nada) en este día mi amarre con la vida, mi enganche con el Dios de la Vida con las personas con que me relaciono? ¿Cómo verán ellos con mi forma de proceder que realmente yo estoy enganchado a las fuentes de agua viva que brotan de lo profundo de mi corazón?.

Me viene aquella palabra del Señor, que es tremenda, del libro de Jeremías: «*Doble mal ha hecho mi pueblo: me abandonó a mí manantial de aguas vivas, para construirse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen»* (Jr.2,13) . Los siete hermanos estaban convencidos de esta palabra y lo que tocó en aquel día fue permanecer en el manantial de esa forma. ¿Cómo será nuestro día hoy? ¿Cómo permaneceremos en el manantial? ¿O tal vez nos buscaremos la vida por nuestra cuenta para hacernos nuestras propias cisternas que ni siquiera el agua retendrán porque, no nos quepa duda, estarán llenas de grietas?

Con relación al Evangelio, me imagino a Jesús oyendo con paciencia el cuento de los saduceos de los siete hermanos: esos que se casan y mueren uno a uno para que el siguiente se case con la viuda desconsolada.

Me imagino a Jesús sentado, sonriendo tristemente y agachando la cabeza mientras ellos, orgullosos de su argucia, iban desarrollando su estratagema para cazarlo. Y me imagino a los otros llegando al final de relato diciendo: « A ver dinos… ¿cómo resuelven el problema si es que hay vida después de la muerte? Porque los siete se casaron con la misma mujer… ¿no te das cuenta Jesús que es un desatino lo que tú y los fariseos creen, eso de que hay vida después de la muerte? ¿No comprendes que no puede ser? ¿Te das cuenta de cómo con un ejemplo tan fácil te hemos desarmado?»

Y me imagino a Jesús recorriendo en un segundo todas sus palabras de vida, todas sus acciones de vida (que eran todas) sobre la gente sumergida en sus dinámicas de muerte, y sobre todo aquella palabra que daba la razón al porqué de su venida: «*Yo he venido para que tengan vida y una vida en abundancia*» (Jn 10,10). Y me imagino a Jesús poco a poco volviéndose triste, porque seguían sin comprender encerrados en sus mundos mediocres y superficiales, sin penetrar ni un centímetro en su interior. Me lo imagino triste porque no comprendían que *Él era la resurrección y la vida* (Jn 11,25), que *Él era el camino la verdad y la Vida* misma (Jn 14,6) y que esa vida, para sumergirse en ella consistía en *conocer a su Padre y a su enviado Jesucristo* (Jn 17,3) Y que ese ***conocer*** consistía en el sumergimiento en el manantial de la vida que era Él mismo. Ellos, los saduceos, iban con razonamientos y con la intelectualidad por delante, creyendo que ***conocer,*** en las cosas de Dios, era un ejercicio intelectual. Sin embargo, Jesús no les estaba llamando a un ejercicio intelectual de sabiduría: les estaba invitando a lanzarse desde la roca de su yo superficial y mediocre al mar de aguas cristalinas sin fondos ni riberas.

Al final solo pudo decirles que Dios era un Dios de vivos y no de muertos, porque Él mismo era la vida; que la muerte es una palabra que para Dios es una locura y que Jesús mismo se arrojará decididamente a esa locura con todo su corazón, con todas sus fuerzas, y con toda su alma, para que nosotros comprendamos la locura de la muerte y el sin sentido de construirnos nuestras propias cisternas teniendo tan cerca, en lo más profundo de nosotros mismos, los manantiales de las aguas de la vida.

El ser humano ha sido pensado, engendrado para la vida. En los planes de Dios, desde toda la eternidad no existe otro destino para nosotros que no sea la Vida, y una vida en abundancia: nada de vidas mediocres. Todo lo que nos rodea, para lo que hemos sido creados, es para la vida. Por tanto, pensar en la muerte como algo oscuro, sangriento, tétrico, rodeados de calaveras, es tan absurdo y tan anticristiano que casi, casi es una obscenidad.

Vivamos pues nuestro día como un día lleno de vida. Esto no significa que los problemas cotidianos desaparecerán por arte de magia. Nada de eso. Se trata de vivirlos desde otra perspectiva. No los vivamos apoltronados en nuestra roca egoísta enrolada con las dinámicas de muerte: vivamos nuestra vida cotidiana, con todo lo que conlleva, desde las fuentes de la vida, esas fuentes en las que estás sumergido y que nadie, si no quieres, te podrá sacar de allí.